TECNOLOGÍAS Y PRÁCTICAS DE PODER: PAISAJES AGRARIOS DE LAS SOCIEDADES DEL ALTIPLANO SURANDINO. EL CASO DE VILLA CANDELARIA, NOR LÍPEZ, BOLIVIA

(TECHNOLOGIES AND POWER PRACTICES: AGRARIAN LANDSCAPES OF THE SOUTH ANDEAN HIGH PLATEAU SOCIETIES. THE CASE OF VILLA CANDELARIA, NOR LIPEZ, BOLIVIA)

Juan Pablo GUAGLIARDO*

RESUMEN

Proponemos en este trabajo ejercitar una interpretación de los paisajes agrarios como espacios de poder desde la concepción de la tecnología como un proceso de inscripción de prácticas sociales temporal, espacial e históricamente específicas.

Tras realizar una revisión sobre cómo los arqueólogos han explicado la relación entre poder y tecnologías agrarias al estudiar las sociedades altiplánicas del noroeste argentino, aportaremos un caso de estudio donde ensayaremos nuestro enfoque con el objeto de contribuir a esclarecer la dinámica sociopolítica y la lógica reproductiva de las sociedades surandinas, tomando como referencia la fase final del período de Desarrollos Regionales (1200-1450 DC).

Palabras Clave: Paisajes agrarios, sociedades surandinas, tecnologías de poder, producción y reproducción social.

ABSTRACT

Here we propose an interpretive exercise that take agrarian landscapes as power spaces from the conception of technology as social practices specific to a time, space and historical context.

After reviewing how archaeologists explain the relationship between agrarian technologies and power in the argentine north western high plateau societies, we will propose a study case in order to enlighten the sociopolitical dynamics and the reproductive logic of the southern Andean societies, taking as reference the final phase of the Regional Development period (1200-1450 AD).

***Key Words**: Agrarian Landscapes, southern Andean societies, power technologies, social production and reproduction.*

INTRODUCCIÓN

Este artículo pretende recorrer rápidamente los trabajos más significativos que han vinculado las evidencias del trabajo agrícola con estructuras de poder político en la puna argentina para exponer a continuación una interpretación de los paisajes agrarios como espacios de poder.

El pasado prehispánico y el presente etnográfico pueden ayudarse a entender recíprocamente (Abercrombie 2006). En consecuencia, en este trabajo reensamblaremos la producción económica con la reproducción social, pues el estudio en conjunto del registro arqueológico, el análisis de fuentes etnohistóricas y de la etnografía andina, ha permitido ligarlas de forma indisoluble (Abercrombie 2006; Isbell 1997; Nielsen 2006a y b, 2008 y 2010; Sillar 1996).

La tecnología es una construcción social. Se la ha reconocido como la práctica material incorporada en la cual los agentes expresan y negocian relaciones sociales, estableciendo y reproduciendo sistemas de valores, lo que implica comprenderla como un proceso sociopolítico que involucra la transformación mutual de agentes y artefactos a través de la práctica (Dobres 2000; Miller 2005).

En tanto proceso político, la tecnología se halla colmada de prácticas de poder que se sitúan en un lugar y tiempo culturalmente específicos. Esa situación en el paisaje de lo construido, la significación contingente y diversa que le otorga la gente a través del tiempo y la concepción del poder como capacidad transformativa, nos introduce en la temática propuesta para este artículo: los paisajes agrarios, definidos como «espacios dedicados tanto a labores agrícolas como ganaderas y a las formas de organización que permiten llevar a cabo tales actividades» (Fernández Freire 2007: 90), son también espacios de poder. Constituyen ámbitos en los que se desenvuelven las relaciones sociales de producción (Quesada 2006, 2007) cuyos cambios conllevan implícitas instancias políticas de negociación, tensión, acuerdo y dominación.

Nuestro programa de investigación ha sido concebido de forma modular y pretende hacer un aporte desde la arqueología de la práctica para generar nuevas

* Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano - 3 de Febrero 1378 - C1426BJN - Ciudad de Buenos Aires. ***Correo Electrónico***: jpglibre@gmail.com

discusiones sobre las relaciones entre el paisaje, la memoria, las cosas y las personas. En esta ocasión sólo pondremos énfasis en el estudio de la tecnología como proceso material ligado al poder.

Alrededor del siglo XIII se produjeron cambios de diversa índole que afectaron los modos de vida de las sociedades surandinas (Noroeste de Argentina, Suroeste de Bolivia y Norte de Chile). Dichos cambios condujeron a la invención de nuevas tradiciones y al establecimiento de órdenes multicomunitarios (Nielsen 2008) surgidos durante la segunda parte del período de Desarrollos Regionales (1250-1450 DC), de aquí en más, PDR2.

ESTUDIOS PREVIOS: TECNOLOGÍAS AGRARIAS Y PODER EN LA PUNA

Cuando revisamos los antecedentes de trabajos que tratan la agricultura en la Puna, hallamos orientaciones que criticaban el rol «secundario, casi mínimo y a veces hasta casi inexistente» (Krapovickas et al. 1978: 139) que se le atribuyó: «Mientras que por un lado se afirma la posibilidad del desarrollo de la agricultura, por otro, y casi simultáneamente, se la niega, proponiendo como principal actividad al pastoreo» (Krapovickas et al. 1978: 140).

Raffino (1975), centrándose en el Período Agrícolo Alfarero Tardío del Noroeste Argentino (NOA) también destacó la relevancia de la temática recurriendo a la noción de «área ecológica de agriculturización», para distinguir a las sociedades agrícolas y ganaderas surandinas de las del resto del actual territorio argentino. Caracterizó a la región como una frontera meridional de civilización y asignó directamente los tipos de «tribus» y «señoríos» a las formaciones sociales del área para diferenciarlas de los antiguos estados militarizados e imperialistas de los Andes Centrales.

En la Cuenca de Antofagasta de la Sierra (Catamarca), se ha estado investigando la organización de las sociedades agropastoriles puneñas a lo largo de una secuencia que se inicia con las primeras aldeas del Formativo (Olivera 1991, 2001). «El incremento de la producción agrícola, que a partir de las primeras centurias de la Era Cristiana había llevado a ocupar nuevos espacios en los sectores intermedios de las quebradas laterales con asentamientos permanentes, se habría enfatizado hacia los 1100/1000 AP a través del desarrollo y puesta en práctica de tecnologías agrícolas intensivas y extensivas» (Olivera y Vigliani 2000/2002: 475), un proceso que se «iría agudizando hacia los momentos tardíos acompañado de cambios sustanciales en la organización socio-política» (Olivera y Vigliani 2000/2002: 461).

La complejización, evidenciada por «la aparición de asentamientos urbanos de gran tamaño y población asociados a importantes obras de infraestructura agrícola con sistemas de regadío muy desarrollados» (Tchilinguirian y Olivera 2000: 102), sugeriría «la existencia de un poder político más centralizado» (Olivera 2000: 46).

En el área de Casabindo (Jujuy) se estableció el clímax de la agricultura en el período de Desarrollos Regionales: «A medida que el aumento de la presión demográfica inducía una mayor producción, se debió expandir la extensión cultivada y en forma concomitante se debieron complejizar los sistemas de irrigación. Para la habilitación de amplios terrenos de siembra aterrazados y la construcción de extensas redes de riego, la organización debió descansar en una autoridad centralizada con poder suficiente para movilizar la cantidad de individuos necesaria para su realización» (Albeck 1993: 7).

En la región de Antofalla (Catamarca) las redes de riego comenzaron a construirse cuando se produjo la primera ocupación de los núcleos residenciales, abarcando «el Período Agroalfarero Temprano y el Período Agroalfarero Medio/Integración Regional» (Quesada 2006: 39).

El crecimiento de las redes de riego (alrededor de 300 ha irrigadas) se explicó mediante dos procesos «agregación de redes y extensión de cada red» (Quesada 2006: 41), los cuales permitieron «incrementar la cantidad de tierra incorporada al paisaje agrícola manteniendo en niveles muy bajos la cantidad de fuerza de trabajo invertida en cada evento constructivo» (Quesada 2006: 42). La gestión de estos espacios nunca habría superado las capacidades de las unidades domésticas individuales y el modo de construcción modular habría beneficiado un control descentralizado e independiente de cada una de las redes, resultando lo observado en un paisaje agrario producto del trabajo campesino (Quesada 2006, 2007).

Los antecedentes citados vinculan directamente a la tecnología agrícola con formas de organización social. Resultaría una utopía plantear una idea de tecnología sin que lleve aparejadas relaciones de poder, pues se trata de un proceso de producción social; de igual modo, sugerir que lo inverso podría darse, también rozaría lo ilusorio...

Hemos visto que los investigadores interpretan el fenómeno material de diferente manera a la hora de discutir el poder y que varía también su concepción del mismo, rastreando a partir de lo material aspectos que cubren un rango de situaciones que van desde una administración centralizada hasta otra descentralizada.

Existen dos enfoques sobre la producción campesina al estudiar los paisajes agrarios en la arqueología: para explicar cualquier proceso de intensificación agrícola en el pasado, el primero presupone la gestión de una *elite* capaz de obtener el excedente necesario para financiar su ambición de poder y riquezas, pues sin tal estímulo los campesinos evitarían producir más allá de sus necesidades de subsistencia (Earle 1997; Kolata 1993; Stanish 1994); el segundo defiende una mirada «desde abajo hacia arriba» (Erickson 1993, 2006), donde se revaloriza la capacidad autónoma de la unidad doméstica para regular el volumen de la producción a través del tiempo, de manera tal que se reivindica la agencia de los campesinos construyendo una instancia superadora de las estrategias tipológicas occidentalistas para entender las formas en que la gente pudo haberse organizado en el pasado.

Como «posiblemente ninguna de las dos perspectivas sea la más ventajosa» (Quesada 2007: 21), este trabajo sigue el camino marcado por un conjunto de estudios rotulados como arqueología agraria o rural (Fernández Freire 2007; Korstanje 2005; Parcero Oubiña 2002; Quesada 2006, 2007) en los que se propone la práctica de una arqueología de la producción campesina

y se centra en el estudio de la evolución histórica de los elementos del paisaje.

IMPLICANCIAS DE LA NEGOCIACIÓN DEL PODER

Desde la óptica de las teorías de la práctica y de la agencia (Bourdieu 1977; Pauketat 2001), entendemos el poder como capacidad transformativa, una propiedad constitutiva de la agencia que se halla en cada actor y está omnipresente en la interacción que conforma el fenómeno de la estructuración social.

Hablar del mismo implica considerar a la dominación no como el control total sobre otros, sino como un equilibrio negociado de intereses divergentes y disposiciones incorporadas, en los que desigualdad y resistencia se vuelven condiciones necesarias para la reproducción del orden. Es el medio por el cual el control es insertado en la vida social y el producto de consecuencias no intencionadas de la acción, reconocimiento que conforma una verdadera «Tragedia de los comunes», pues fueron sus acciones coordinadas las que pudieron restringir su propia habilidad para hacerlo en el futuro (Pauketat 2000).

Por lo tanto, considerar a la tecnología como un proceso de poder implica reconocer que involucra una negociación entre todos los actores sociales. Se trata del proceso mismo de negociación que crea y altera una tradición (Pauketat 2000, 2001). En la tecnología se hallan inscriptas tales prácticas de poder temporal y espacialmente específicas.

A continuación exponemos un modelo generado a partir de la articulación de múltiples líneas de evidencia arqueológica y de la etnohistoria y etnografía andinas con el objeto de poner en relieve que existieron múltiples formas para negociar el poder en las sociedades del pasado (McGuire y Saitta 1996) y que resulta inconveniente trasladar recetas occidentales para investigar la dinámica y la constitución de formaciones políticas que nunca lo fueron.

PODER Y ANCESTRALIDAD EN LOS ANDES DEL SUR

Las tierras altas de los Andes sufrieron alteraciones ambientales severas a partir del siglo XI (Binford et al. 1997; Seltzer y Hastorf 1990). Los efectos fueron un prolongado período de aridez que habría conducido a las poblaciones humanas a competir por los espacios más húmedos y fértiles, donde fuese posible continuar desarrollando la agricultura (Nielsen 2002). A partir de las transformaciones observadas en la arquitectura doméstica, la conformación de espacios públicos en las áreas residenciales, la presencia de *chullpas* (torres de piedra con un vano cuadrado o trapezoidal y techo en falsa bóveda) y la aparición de poblados defensivos o *pukaras* en el altiplano sur de Bolivia (Nielsen 2008), fue argumentado que alrededor del siglo XIII se estableció un estado de guerra endémica que derivó en una reorganización espacial de las sociedades de la mayor parte del área Centro-Sur Andina, en forma contemporánea (Nielsen 2002, 2003, 2007). Los conflictos habrían propiciado la aparición de un orden político nuevo, como el surgimiento de grupos corporativos que, a través del control de los recursos estratégicos, habrían precipitado procesos de diferenciación social independientes (Nielsen 2002).

La interpretación de las transformaciones políticas en esos términos estuvo inspirada en el «modelo etnohistórico» de las sociedades segmentarias andinas. Las mismas contaban con mecanismos institucionales que impedían y desalentaban la concentración de tierras, pasturas y parcelas de cultivo en manos de individuos particulares (Nielsen 2006b; Isbell 1997). El *ayllu* como grupo de parentesco era la unidad de apropiación de los recursos estratégicos, que se administraban colectivamente; se consideraba parientes a la descendencia común de un antepasado real o mítico (Nielsen 2006b).

Las formaciones sociales tardías en los Andes poseían niveles de inclusión de unidades familiares (*ayllus* menores, mayores, mitades, grupos étnicos y confederaciones) y estaban estructuradas en función de dos lógicas ligadas en las prácticas y las experiencias de los actores: una *territorial* y otra de *parentesco* (Nielsen 2006b), lo cual les permitía acceder a productos de diversas zonas ecológicas. La reproducción social de esta estructura se formalizaba a través de rituales o ceremonias (Isbell 1997) cuyo eje era la momia del ancestro, fundador biológico del *ayllu*, fuente de legitimidad en la explotación de recursos y origen de derechos y privilegios asimétricos al interior del mismo (Nielsen 2006b).

La veneración de los ancestros jugó un papel clave en ese proceso de estructuración que condujo a la fundación de una nueva tradición (Nielsen 2008), cuya construcción requirió negociaciones de poder entre todos los actores sociales e implicó la acción coordinada de los comunes (*sensu* Pauketat 2000) en las actividades constructivas. Los antepasados (como fundadores de los grupos de parentesco o *ayllus*), eran la fuente de poder en tanto se hallaban omnipresentes en el mundo de los vivos. Su agencia resultaba decisiva en la producción agraria (promoción de la fertilidad de tierras y manadas, protección de las cosechas, provisión de agua y pasturas).

Para Nielsen, las *chullpas* halladas en áreas residenciales del altiplano sur de Bolivia son los ancestros de las comunidades que habitaron la región durante el PDR2 (Nielsen 2008, 2010); esta dirección interpretativa nos permitiría explorar la lógica de la reproducción del orden social que conlleva su presencia hacia las áreas productivas en función de su distribución en los paisajes agrarios de la localidad de Villa Candelaria, península de Colcha K, provincia Nor Lípez, departamento Potosí, Bolivia.

La región, que cubre alrededor de 13 km2, constituía un ámbito ideal para discurrir la historia de los paisajes agrarios y su contribución al estudio de la organización social y política en el pasado, pues agrupaba el conjunto de materialidades típicas del PDR2: la presencia de un pukará denominado *Churupata,* de un poblado bajo denominado *Ranchopata,* y la distribución de las arquitecturas características del momento citado tanto en áreas residenciales como productivas, es decir de torres *chullpa* dispersas entre los campos agrícolas (Figura 1), así como también de cerámica tipo *Mallku.*



Figura 1. Chullpa en Villa Candelaria.

LOS PAISAJES AGRARIOS DE VILLA CANDELARIA

Villa Candelaria se sitúa a unos 3650 msnm en la península de Colcha K, a la vera del salar de Uyuni (Figura 2). En la actualidad agrupa una población estable de entre 30 y 40 unidades domésticas que conforman cerca de 150 personas con residencia casi permanente. La mayoría vive de la agricultura siendo la quinua (*Chenopodium quinua*) y la papa (*Solanum tuberosum*) sus cultivos tradicionales (Guagliardo 2008).

Los habitantes llevan a cabo sus prácticas agrarias articulando tres zonas de producción (*i. e.* lugares en que se intersecta lo individual y lo colectivo considerando los derechos sobre el uso y tenencia de pasturas, aguas y parcelas; Mayer 2002): *Cerro, Pampa* y Área Intermedia (Figura 3).

La zona *Intermedia* es utilizada por todos los miembros de la comunidad dentro de un rango altitudinal que abarca entre los 3700 y 3850 m.s.n.m. Se practica una agricultura intensiva (con riego y abono de llama) desde mediados de siglo pasado; las tierras no se dejan en descanso sino tras 4 ó 5 años de uso con alternancia de cultivos (un año siembran papa, el siguiente haba y al otro hortalizas). Posteriormente se dejan en descanso por 4 ó 5 años para repetir el ciclo. Se cultiva allí una amplia variedad de vegetales, ocupándose cada unidad doméstica de regular el uso del agua y definir qué sembrar, aunque la red de riego es mantenida por todos los comuneros y su uso consensuado en asambleas. Todo lo producido es destinado al consumo de cada unidad doméstica, exclusivamente.

Por su parte, la zona de producción *Cerro* cubre un rango altitudinal de entre 3850 y los 4150 msnm. Los campesinos cultivan quinua (especialmente) y papa mediante el sistema de «barbecho sectorial» (Morlon et al. 1996). En la comunidad estudiada, a diferencia de otras áreas de los Andes donde los ciclos de descanso son prolongados (Mayer 2002; Morlon et al. 1996), son pocos los agricultores que continúan desarrollando esta práctica y dejan descansar la tierra sólo uno o dos años, para volver a sembrar. Aplican una técnica de siembra tradicional (incorporada) que llaman «a pulso» (Guagliardo 2008). Asimismo, se practica una agricultura extensiva; y lo producido es destinado mayoritariamente al consumo de cada unidad doméstica.

Por último, la zona *Pampa,* cubre un rango altitudinal de entre los 3650 y 3700 msnm, entre el frente del salar hasta el comienzo del área intermedia. Fue repartida entre los pobladores para su uso agrícola hacia la segunda mitad del siglo XX, pues hasta entonces esa amplia franja de tierra no era utilizada para tal fin. A diferencia de lo que sucede en las otras zonas de producción, la *Pampa* conforma un espacio en el cual las relaciones de poder se miden en términos capitalistas al entrar en juego nuevas reglas de propiedad vinculadas con la articulación de la producción de la quinua para la venta en el mercado internacional.

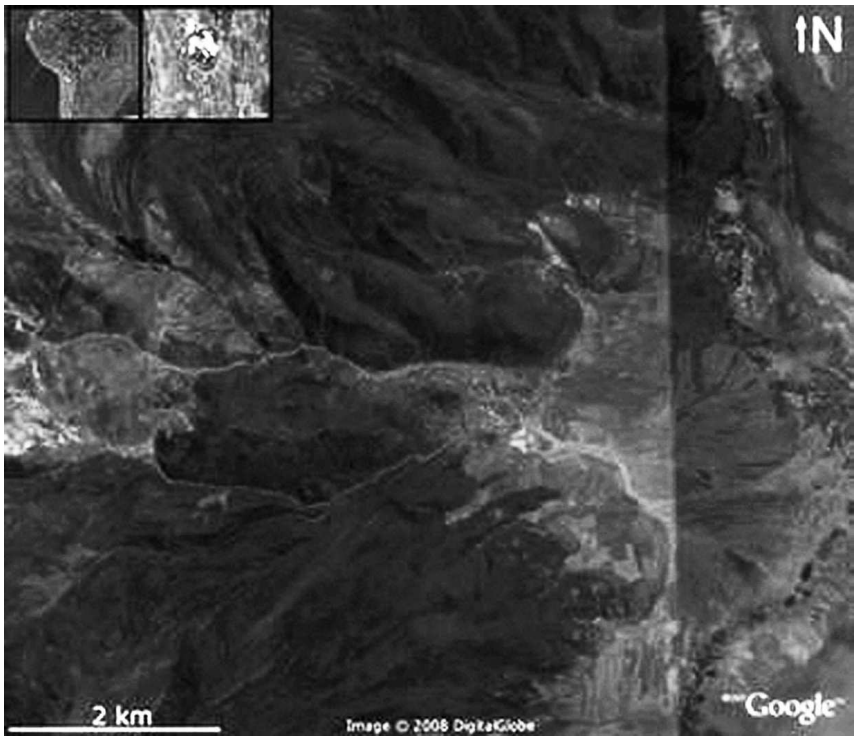


Figura 2. Villa Candelaria en el contexto de América del Sur.

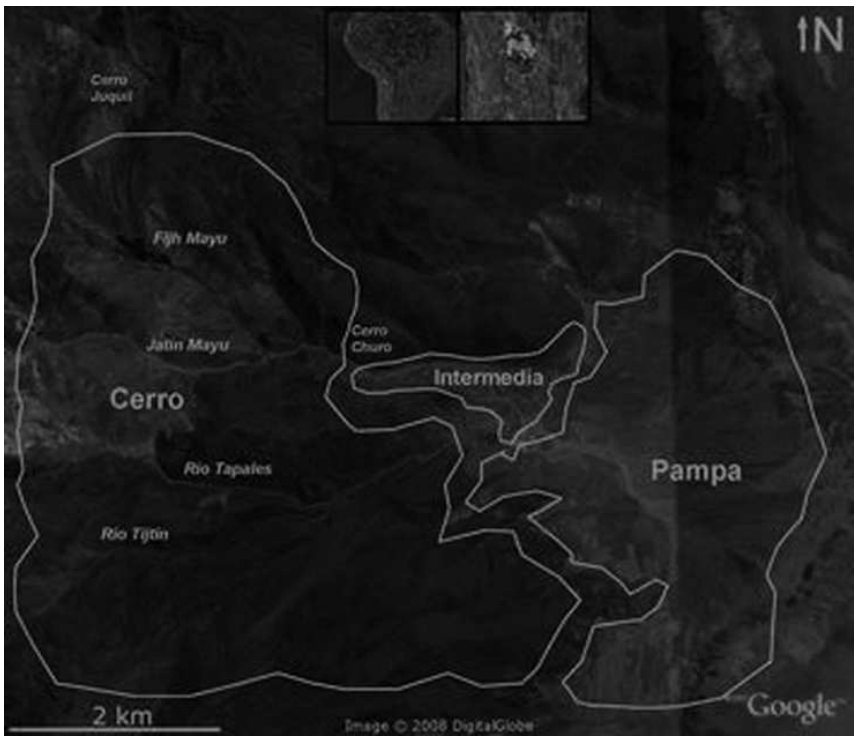


Figura 3. Zonas de Producción.

MÉTODOS Y MATERIALIDADES

La organización del paisaje en términos etnográficos nos permitió diferenciar los campos antiguos de los actuales. A partir del trabajo con fotos satelitales, la medición *in situ* y la recolección de datos a través de un censo, hicimos una estimación de la superficie destinada a la producción agraria y elaboramos una tipología de los conjuntos agrícolas (Guagliardo 2010; Tabla 1).

En los cerros hay 273 hectáreas destinadas al cultivo abandonadas. Constituyen el 97,5% de las tierras fuera de producción. Hay en total 280 hectáreas en esa condición en Villa Candelaria, lo cual representa un 40% de campos que alguna vez fueron productivos. Esta cifra está reflejando un cambio notable en el uso del espacio, concretado hace unos 50 años atrás.

Tanto la *Pampa* como el área *Intermedia* tienen en común su puesta en funcionamiento hacia mediados del siglo XX. Hasta aquel entonces solo se cultivaba «a secano» quinua y papa en los cerros, y los productos que requerían riego se adquirían mediante el intercambio caravanero con otras regiones. Este cambio constituye un vuelco notable en las prácticas productivas y su espacialidad. La roturación de los campos de la *Pampa* y la inauguración de las redes de riego fueron innovaciones que transformaron la vida de los comuneros e implicaron una reestructuración del paisaje agrario.

Una vez que logramos definir la localización de los campos antiguos en los cerros, iniciamos las tareas de prospección. La característica sobresaliente de los sectores relevados era la presencia de *chullpas* circulares dispersas entre los mismos; además, los conjuntos agrícolas, en su mayoría, estaban delimitados por pircas que conformaban espacios cerrados, agrupando también estructuras arqueológicas destinadas al almacenamiento y la cosecha de granos.

La recolección superficial de materiales en los campos agrícolas evidenció el uso de los mismos desde el PDR2, pues la cerámica era casi exclusivamente de filiación *Mallku*. Asimismo, la presencia de *chullpas,* pese a su variabilidad formal, implicaba que la cronología mínima en que fueron trabajados los espacios productivos correspondía a aquel momento.

Las *chullpas* de planta circular presentan un diámetro promedio de 2,6 m. La altura máxima que registramos es de 3,5 m (varias se hallan derrumbadas) y los muros son de rocas irregulares que presentan tamaños medianos (entre 0,4 y 0,7 m). Son características estructurales de las mismas la presencia de un vano cuadrado o ligeramente trapezoidal elevado del suelo, techo de lajas en falsa bóveda, muros dobles y juntas interiores rellenas con argamasa de barro.

Llama la atención el hecho de que muchas de las *chullpas* se encuentren muy cerca de estructuras presumiblemente asociadas al almacenaje de granos y a su cosecha -*kayanas*- (sectores *Huano Pujro* y *Tapales*), mientras que otras están agrupadas formando una constelación frente a campos agrícolas en producción (*Zorro K'haka*). Por otra parte, también las hallamos dentro de cuevas (*Paco Cueva*), emplazadas en las barrancas de los meandros de los ríos (ríos *Tictín* y *Tapales*) y alineadas en la cima de los cerros (*Yuntur*).

En consecuencia, de acuerdo con su localización y distribución, hemos definido los siguientes grupos, asignables a un mismo período temporal (Figura 4.):

I. Las que están directamente vinculadas con sectores destinados recurrentemente a la producción agraria (pasturas y campos de cultivo) en la cuenca superior del río *Tictín*. Son los casos de *Huano Pujro y Tapales* (Grupo 1a, N=3) y las que hallamos dentro de cuevas (*Paco Cueva*). Grupo 1b, N=3.
II. Las que se encuentran alineadas, formando un conjunto, en la cima del cerro llamado *Yuntur,* frente al pukará *Churupata* (Grupo 2, N= 5);
III. Las que se hallan dispersas, en barrancas de los ríos (Grupo 3, N= 3); y
IV. Las que forman una constelación (*Zorro K'haka,* grupo 4, N=17).

Interpretaciones

Hicimos un ejercicio ligando recíprocamente el presente etnográfico al pasado prehispánico, conjugando nuestra concepción del poder y la agencia y trabajando la hipótesis de una vinculación indisoluble entre producción y reproducción social.

Teniendo en cuenta la concepción de las *chullpas* como ancestros, pensamos que las del primer grupo, dispersas en áreas de pasturas y tierras de laboreo agrícola óptimas *(Huano Pujro y Tapales)* o concentradas dentro de cuevas *(Paco Cueva,* donde hallamos 3 estructuras tipo *chullpa* que se hallaban emplazadas en interior del alero), representarían la omnipresencia del ancestro en las tareas productivas, revelando su agencia en las mismas, en tanto y en cuanto los antepasados habrían tenido injerencia directa y clave en el ciclo agrario, resguardando los alimentos, garantizando la abundancia y fertilidad de cultivos y manadas, así como cuidando pasturas y animales. Los labradores habrían realizado ofrendas y efectuado ceremonias en torno a estas arquitecturas en los períodos de siembra y cosecha, legitimando los lazos de parentesco y reproduciendo las asimetrías de acceso a los recursos, establecidas de acuerdo con las jerarquías que existían entre las mitades que componían las sociedades segmentarias, producto de una negociación colectiva del poder. En coherencia con esto, la participación activa de los antepasados en las actividades productivas quebraría las barreras entre la vida y la muerte, pues estas estructuras atravesarían esta dualidad moderna, a la vez que vincularían indisociablemente a la producción con la reproducción del orden social.

En cambio, la disposición de las *chullpas* del Grupo 2 (alineadas, siguiendo la cima del cerro en dirección E-O), nos hace pensar en su desempeño en la práctica como vigías, guardianes de ese orden y como indicadores de la apropiación del espacio circundante. A su vez, serían marcadores territoriales de las comunidades que habitaron en tiempos del PDR2. La omnipresencia de las torres en la cima de los cerros implica, por un lado, un control negociado hacia el interior de la sociedad, a la vez que oficia como colectivo social, pues es un indicador de identidad en relación a grupos hostiles externos, lo cual

Zona de producción	Tipología de los conjuntos	Campos bajo irrigación (alternancia)			Cultivo a secano			Subtotal chacras	Total	%
		Activos	Abandonados	En descanso	Activos	Abandonados (N° mínimo)	En descanso			
Intermedia	Terrazas	41,95	7	15,75	-	-	-	64,7	68,01	9,67%
	Huertos	3,31	-	-	-	-	-	3,31		
Cerro	Despedres	-	-	-	1.625	54,6	1.625	57,85	289,25	41,13%
	Mantas	-	-	-	6,5	218,4	6,5	231,4		
Pampa	Canchones	-	-	-	173	-	173	346	346	49,20%
Subtotales	-	45,26	7	15,75	181.125	273	181.125	703,26	703,26	100%
Total		68,01			635,25					

Tabla 1. Configuraciones agrícolas de Villa Candelaria (en hectáreas)

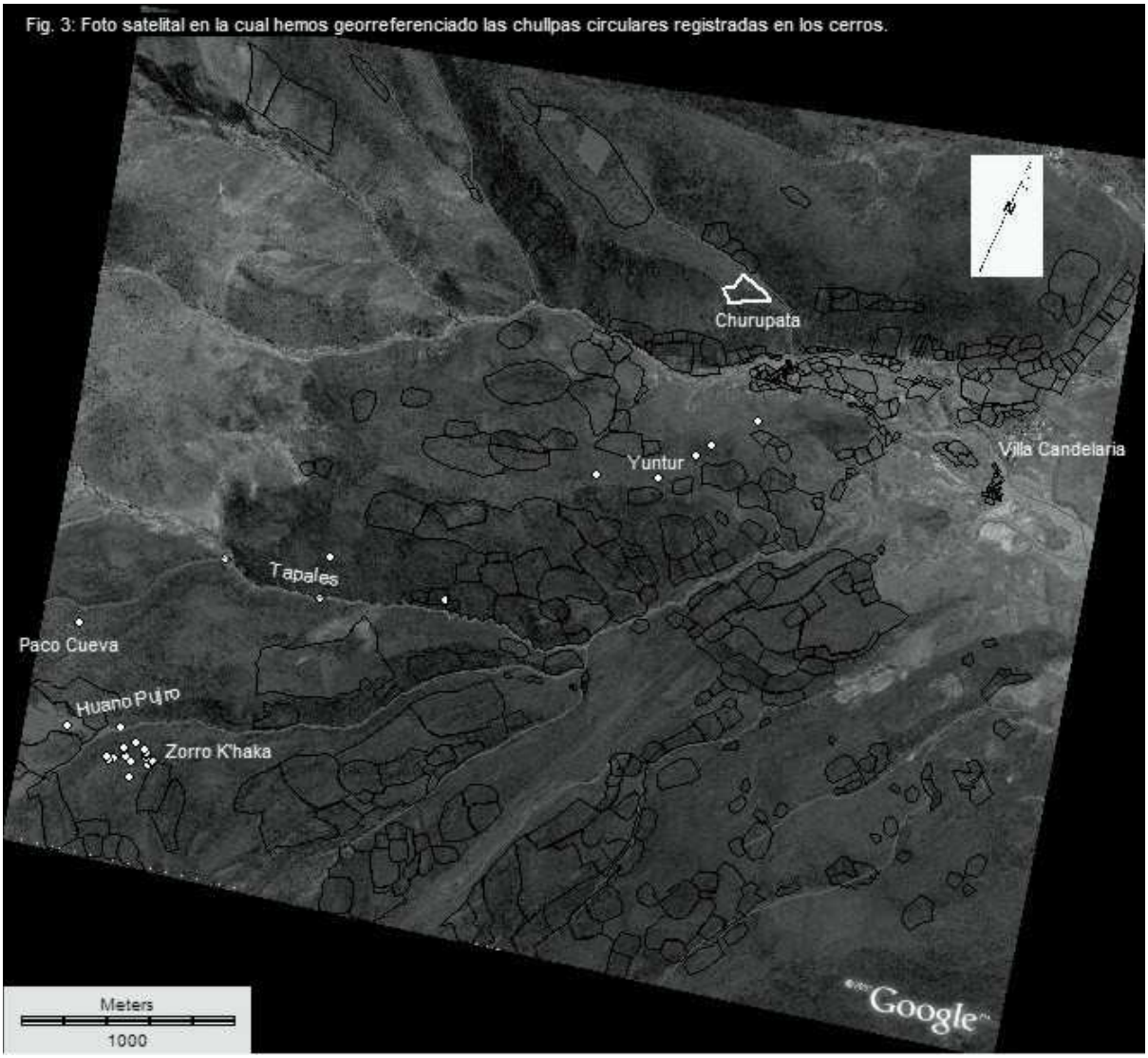


Figura 4. Foto satelital donde hemos georreferenciado las *chullpas* circulares registradas en los cerros.

es coincidente con la dinámica sociopolítica y el clima de guerra endémico revisado anteriormente. Su alineamiento frente al conglomerado habitacional denominado *Churupata*, constituye una evidencia al respecto: los ancestros formarían una línea de defensa simbólica para los habitantes de la región, buscando un efecto de intimidación sobre eventuales invasores.

La orientación de los vanos de las torres al suroeste, es decir en dirección opuesta al pukará y al poblado que se halla inmediatamente al pie del cerro (*Ranchopata*) conforma una línea visual dirigida hacia el cerro *Tictín*, patrono-ancestro de la comunidad actual que tiene su pareja femenina, el cerro *Chuahualli,* enfrentado al anterior. Los cerros (*mallkus*) son figuras centrales entre las deidades ancestrales andinas, ya que se les reconoce el poder de crear y destruir a voluntad (como *wak'a, saxra* o *supay*). En algunas regiones, la *Pachamama* es la figuración femenina del Dios-Diablo del cerro. La *Pachamama* es también un cerro masculino (Bouysse-Cassagne y Harris 1987) y como tal, su veneración otorga abundante ganado, buenas cosechas y riquezas metálicas (minerales y dinero).

Los *mallkus*, como otras geoformas (por ejemplo, cuevas y confluencias de los ríos, así como también mojones y encrucijadas de caminos) representan una de las tantas formas de materialización de los ancestros en el mundo Aymara (Bouysse-Cassagne y Harris 1987), entre las que se han considerado también las momias, sus partes o algunos de sus huesos (*malqui*), máscaras, figurinas, las mencionadas torres tipo *chullpa*, monolitos y textiles especiales (Nielsen 2008).

Consecuentemente, la cualidad de persona que poseen los cerros como seres animados en las poblaciones andinas conduce a la interpretación de la distribución observada como una apropiación de dichas geoformas por los constructores de las torres y sus ancestros.

La presencia de *chullpas* en el curso de ríos (grupo 3) no hace otra cosa que afirmar el rol de los antepasados en la apropiación y protección de los recursos críticos para la producción de alimentos por parte de los grupos sociales que habitaban la región, propendiendo a la reiniciación del ciclo agrario. No hay evidencias de uso del agua conformando redes de riego, andenerías ni otros sistemas de control hidráulico sino hasta tiempos actuales. No obstante ello, la agricultura «a secano» requiere su máximo aprovechamiento, con lo cual los campesinos del período de Desarrollos Regionales habrían desarrollado sistemas de cultivo altamente especializados, seleccionando los sectores del cerro propensos a retener la humedad de las lluvias en los suelos. El cultivo de la quinua y la papa se habría realizado desarrollando la práctica del barbecho sectorial. El mismo consiste en ejercer la labranza por sectores: se divide la tierra cultivable de un territorio entre un cierto número de unidades domésticas que producen una cantidad variable de años, durante los cuales se suceden los cultivos y luego se dejan las parcelas en descanso (Morlon et al. 1996).

Por último, la constelación de 17 *chullpas* relevadas del grupo 4 se halla frente al cerro *Tictín,* que resulta ser una de las pocas fuentes de agua casi permanente en virtud del régimen de lluvias estivales que impera en el altiplano. Este sorprendente agrupamiento se produce en una ladera del valle del río que lleva el mismo nombre, en la cuenca superior. La concentración está flanqueada por aquel cerro y el *Chuahualli.* Los vanos de las chullpas repiten la orientación suroeste en la mayoría de los casos, apuntando a las tierras interiores de la península de Colcha K, a «espaldas» del salar, ubicado al este. Interpretamos que la distribución observada estaría demarcando el acceso a los territorios de la comunidad durante el PDR2, implicando esta argumentación una ampliación a futuro de la zona de trabajo para investigar la articulación de los espacios interiores de la península mediante el análisis de la localización de otros conglomerados fortificados (*pukaras*) contemporáneos a *Churupata* en la periferia de Villa Candelaria.

DISCUSIÓN

La tecnología, en tanto aspecto material de la práctica, conforma un proceso mediado por relaciones sociales asimétricas. Las negociaciones que dicho proceso constructivo conlleva se producen entre todos los actores sociales en tanto agentes que poseen la capacidad para transformar y crear nuevos órdenes sociales en relación a un tiempo y espacio históricamente contingentes.

En el contexto analizado, el poder se hallaba omnipresente en la lógica de la ancestralidad que constituyó una nueva tradición (Nielsen 2008) durante el PDR2. La producción económica y la reproducción social se hallaban fundidas en la práctica diaria y tanto los productores como el resto de los actores sociales fueron responsables de la negociación activa por el nuevo orden, en tanto y en cuanto le dieron legitimidad al mismo a través de la acción coordinada que implicaba la elaboración (y reelaboración) de una tecnología nueva y la representación de una también flamante tradición.

En este trabajo hemos presentado una síntesis del relevamiento no invasivo de las arquitecturas monumentales correspondientes al PDR2, lo que constituye la primera etapa de un proyecto que tiene como finalidad analizar la relación de los espacios productivos con los residenciales para discutir aspectos de la organización política de las sociedades que habitaron la región. A partir del estudio de la distribución de las *chullpas* en los paisajes agrarios de Villa Candelaria, hemos tendido las primeras líneas explicativas en esa dirección, propendiendo a investigar la situación de las materialidades típicas en los paisajes agrarios.

El rango temporal analizado, recortado con el objeto de poner a prueba el modelo de crisis y cambio social propuesto para la región tomando el estudio de los espacios productivos como una línea de evidencia arqueológica, ha puesto en perspectiva la extensión espacial de los sitios de trabajo agrícola activos en aquel momento, cumpliendo el objetivo de constituir un punto de referencia desde el cual podamos comparar, representar y discutir las transformaciones de los paisajes agrarios en una escala temporal más amplia.

La arqueología de la práctica, a partir de la comprensión de la materialidad como una relación entre la gente y los objetos en el momento mismo de interacción, da testimonio de la diversidad de formas en que se negocia el poder social y se construyen las tradiciones, involucrando a todos los grupos en ese proceso creativo. La dominación implica un equilibrio negociado. Asumirlo o no como tal no depende de todos, sino de cada uno de nosotros…

AGRADECIMIENTOS

Expreso mi gratitud a los licenciados Julio Ávalos y María Magdalena Vázquez por los comentarios que oportunamente realizaron. La responsabilidad sobre el contenido recae únicamente en mí.

BIBLIOGRAFÍA

ABERCROMBIE, T. A. (2006) *Caminos de la Memoria y el Poder. Etnografía e Historia en una comunidad andina*. Instituto de Estudios Bolivianos (IEB) e Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA). SIERPE Publicaciones, La Paz.

ALBECK, M. E. (1993) *Contribución al estudio de los sistemas agrícolas prehispánicos de Casabindo (Puna de Jujuy)*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata. MS.

BINFORD, M.W., A. KOLATA, M. BRENNER, J.W. JANUSEK, M. SEDDON y M. ABBOTT (1997) Climate variation and the rise and fall of an Andean civilization. *Quaternary Research* 47: 235-248.

BOURDIEU, P. (1977) *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press, Cambridge.

BOUYSSE-CASSAGNE, T. y O. HARRIS (1987) Pacha: En torno al pensamiento aymara. En Tres reflexiones sobre el pensamiento andino, J. Medina (Ed.), pp. 11-59. Biblioteca Andina, Hisbol, La Paz.

DOBRES, M. A. (2000) *Technology and Social Agency*. Pp. 127-163. Blackwell Publishers-Oxford.

EARLE, T. (1997) *How chiefs come to power: The political economy in prehistory*. Stanford University Press, Stanford.

ERICKSON, C. L. (1993) The social organization of prehispanic raised field agriculture in the Lake Titicaca Basin. En *Economic Aspects of Water Management in the Prehispanic New World*, editado por V. Scarborough y B. Isaac, pp. 369-426. JAI Press, Greenwich, Connecticut.

ERICKSON C. L. (2006) Intensification, Political Economy, and the Farming Community. In defense of a bottom-up perspective of the past. En *Agricultural Strategies*, ed. por J. Marcus y C. Stanish, 334-363. Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

FERNÁNDEZ FREIRE, C. (2007) *Paisajes agrarios pre y protohistóricos en la comarca de Vera alta (Cáceres): Un enfoque arqueo-geográfico*. Tesis doctoral. Departamento de Prehistoria, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid. Madrid. MS.

GUAGLIARDO J. P. (2008) Agricultores del altiplano surandino: Vigencia y transformaciones de prácticas ancestrales en Villa Candelaria (Nor Lípez). Taller titulado: «Racionalidades campesinas en los Andes: pasado, presente… «, IRD y Embajada de Francia en Bolivia. La Paz. MS.

GUAGLIARDO J. P. (2010) Organización del paisaje agrario actual en Villa Candelaria, Nor Lípez, Bolivia. *III Congreso mundial de la quinua*, Universidad Técnica de Oruro, Bolivia. Oruro. MS.

ISBELL W. (1997) *Mummies and Mortuary Monuments*. University of Texas Press. Austin.

KOLATA A. L. (1993) *The Tiwanaku: Portrait of an andean civilization*. Blackwell, Cambridge.

KORSTANJE M. A. (2005) *La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina)*. Tesis doctoral. UNT. MS.

KRAPOVICKAS P., A. S. CASTRO Y MARÍA M. PÉREZ MERONI (1978) La Agricultura Prehispánica en la Puna. Separata *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, San Juan.

MAYER E. (2002) *The Articulated Peasant. Household Economies in the Andes*. West View Press. Oxford y Colorado.

MCGUIRE R. y D. J. SAITTA (1996) Although they have petty captains, they obey them badly: The dialectics of Prehispanic Western Pueblo social organization. *American Antiquity*, 61 (2): 197-216.

MILLER D. (2005) *Materiality*. Duke University Press, Durham. Capítulo 1.

MORLON P., J. BOURLIAUD, R. RÉAU y D. HERVÉ (1996) Sistemas de Barbecho Sectorial. *Comprender la Agricultura campesina en los Andes Centrales. Perú y Bolivia*. Compilación y coordinación: Pierre Morlon. Institut Français d'Études Andines/ Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas (CBC). Lima.

NIELSEN A. (2002) Asentamientos, conflicto y cambio social en el altiplano de Lípez (Potosí). *Revista Española de Antropología Americana* 32: 179-205.

NIELSEN A. (2003) La edad de los auca runa en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). Memoria Americana 11: 73-109.

NIELSEN A. (2006a) Plazas para los antepasados: Descentralización y poder corporativo en las formaciones sociales preincaicas de los Andes circumpuneños. *Estudios Atacameños* 31: 63-89. Universidad Católica del Norte. Chile.

NIELSEN A. (2006b) Pobres Jefes: Aspectos corporativos en las formaciones sociales pre-inkaicas de los Andes circumpuneños. En *Contra la Tiranía Tipológica en Arqueología: Una visión desde Sudamérica*. Editado por C. Gnecco y C. Langebaek, pp. 121-150. Uniandes-Ceso. Bogotá. Colombia.

NIELSEN A. (2007) Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12, 1: 9-41. Santiago de Chile.

NIELSEN A. (2008) The Materiality of Ancestors. Chullpas and Social Memory in the Late Prehispanic History of the South Andes. En *Memory Work: archaeologies of Material Practices*, editado por B. Mills y W. H. Walker, pp. 3-24. School of American Research Press, Santa Fe.

NIELSEN A. (2010) Las chullpas son ancestros: paisaje y memoria en el altiplano sur andino (Potosí, Bolivia). En *El Hábitat Prehispánico. Arqueología de la Arquitectura y de la Construcción del Espacio Organizado*, editado por M. E. Albeck, C. Scattolin y A. Korstanje. pp. 329-349. EdiUNJu, San Salvador de Jujuy.

OLIVERA D. (1991) *Tecnología y estrategias de adaptación en el Formativo (Agroalfarero Temprano) de la Puna Meridional argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Provincia de Catamarca, Argentina)*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

OLIVERA D. (2000) El hombre y el ambiente en la Puna Argentina: El aporte de la arqueología al desarrollo de las economías regionales. *Estudios Sociales del NOA* 4, 2: 5-30. Instituto Interdisciplinario Tilcara. FFyL, UBA.

OLIVERA D. (2001) Sociedades agropastoriles tempranas: El Formativo inferior del Noroeste argentino. En: *Historia Argentina Prehispánica*, tomo 1, pp. 84-125. Dirección: Eduardo E. Berberián y Axel E. Nielsen. Ed. Brujas, Bs. As.

OLIVERA D. y S. VIGLIANI (2000/2002) Proceso cultural, uso del espacio y producción agrícola en la Puna Meridional Argentina. *Cuadernos del INAPL* 19: 459-481. Bs. As.

PARCERO OUBIÑA C. (2002) *La Construcción del Paisaje Social en la Edad de Hierro del Noroeste Ibérico*. Ortegalia 01. Fundación F. M. Ortegalia. Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento, Galicia.

PAUKETAT T. (2000) The tragedy of the commoners. En *Agency in Archaeology*, editado por M. A. Dobres y J. E. Robb, pp. 113-129. Routledge, London.

PAUKETAT T. (2001) Practice and History in Archaeology: An Emerging Paradigm. Anthropological Theory 1:73-98.

QUESADA M. N. (2006) El diseño de las redes de riego y las escalas sociales de la producción agrícola en el 1er. Milenio DC (Tebenquiche Chico, Puna de Atacama). *Estudios Atacameños* 31:31-46. UCN. Chile.

QUESADA M. N. (2007) *Paisajes agrarios del área de Antofalla. Procesos de trabajo y escalas sociales de la producción agrícola (Primer y segundo milenios d.C.).* Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP, La Plata.

RAFFINO R. A. (1975) Potencial Ecológico y Modelos Económicos en el N. O. Argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (NS). Tomo IX: 21-45. Bs. As.

SELTZER G. O. y C. A. HASTORF. (1990) «Climatic Change and its Effect on Prehispanic Agriculture in the Central Peruvian Andes». *Journal of Field Archaeology* 17: 4: 397-414.

SILLAR B. (1996) The dead and the drying: techniques for transforming people and things in the Andes. *Journal of Material Culture* 1, (3): 259-289.

STANISH C. (1994) The hydraulic hypothesis revisited: Lake Titicaca basin raised fields in theoretical perspective. *Latin American Antiquity* 5 (4): 312-332.

TCHILINGUIRIÁN P. Y D. OLIVERA (2000) De aguas y tierras. Aportes para la reactivación de campos agrícolas arqueológicos en la Puna Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXV: 99-118. Bs. As.